

TRANSFIGURACION HISTORICA Y CREACION LITERARIA EN EL *LOPE DE AGUIRRE* DE OTERO SILVA

POR

JORGE A. MARBAN
College of Charleston, S. C.

Pocos hechos de la historia colonial americana ofrecen mayor interés y despiertan mayor asombro que la rebelión de Lope de Aguirre contra Felipe II, que comienza en medio de la selva amazónica a fines de 1560 para terminar en octubre de 1561 con la muerte del caudillo rebelde en la ciudad venezolana de Barquisimeto. Aguirre modifica el plan original de la expedición iniciada desde el Perú por el capitán Pedro de Orsúa con el propósito de conquistar el reino de los omaguas y su ciudad dorada. El nuevo y atrevido proyecto madurado en la inhóspita selva sudamericana concibe un sorpresivo y secreto regreso al Perú para fundar allí un Estado independiente de la Corona española.

La carrera de Aguirre es particular y espeluznantemente sanguinaria. En la larga serie de crímenes que consume durante el viaje por el Amazonas se cuentan los asesinatos de Orsúa y su bella amante mestiza Inés de Atienza. Dentro de las seis semanas en que se ve obligado a detenerse en la isla de Margarita, el caudillo rebelde ordena, entre otras muertes, las del gobernador, otras autoridades y dos vecinas principales de la isla. Poco antes de morir, el jefe marañón¹ mata con sus propias manos a la hija mestiza que ha llevado en su viaje, declarando que quiere evitarle la vida de infamia y deshonor a la que seguramente será destinada.

Una circunstancia de notable interés con referencia a la aventura de Orsúa y Aguirre es la existencia de numerosas relaciones escritas por expedicionarios². Las crónicas de la expedición de El Dorado ofrecen amplio

¹ Aguirre llamaba a sus soldados «marañones». La palabra hace referencia al río Marañón o de las Amazonas, por el cual la expedición llegó al Atlántico.

² Contamos con el testimonio de nueve expedicionarios que escribieron relaciones completas de la expedición. La crónica más larga e importante es la de Francisco Vázquez, soldado que abandonó el campo de Aguirre poco después de la

material para diferentes y polémicas interpretaciones históricas³. Los episodios de gran interés y poder sugestivo descritos en esos documentos y los aspectos oscuros no elucidados en las diferentes historias brindan fructíferas posibilidades de desarrollo novelístico.

Una serie de novelas de escritores hispánicos del presente siglo ha aprovechado el fascinante tema. Las tres novelas más importantes han sido escritas por Arturo Uslar Pietri, Ramón Sender y Miguel Otero Silva. Uslar Pietri, en *El camino de El Dorado* (1947), reconstruye novelísticamente el ambiente y las principales acciones de la expedición de Orsúa y Aguirre. Sender hace lo mismo en *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* (1962). Un punto notable de la novela de Sender es el relieve que se da en ella a la figura de Pedrarias de Alместo y a las relaciones de este

llegada de los marañones a la isla Margarita. (Véase: *Relación de la jornada de Pedro de Orsúa a Omagua y al Dorado*, Bibliófilos Españoles XII, Madrid, 1881; esta obra será sucesivamente identificada con las siglas JOD). El bachiller Pedrarias de Alместo escribió una crónica en la que se apropia de la relación de Vázquez haciendo en ella adiciones o enmiendas cortas pero significativas. Alместo escribió también otra relación bastante corta que fue descubierta por el historiador español Emiliano de Jos, que la identificó como Alместo bis.

Juan de Vargas Zapata, Pedro Monguía, Alvaro de Acuña, Gonzalo de Zúñiga, Custodio Hernández, un expedicionario de apellido Altamirano y un soldado cuyo nombre no ha podido ser determinado son autores de otras crónicas. Existe una relación incompleta hecha por un expedicionario de apellido Pérez. Para obtener adecuada información sobre estas crónicas véase Emiliano Jos, *La expedición de Ursúa al Dorado...* (Huesca, 1927), y *Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre* (Sevilla, 1950). La primera de estas obras será identificada en el texto con la sigla J.

Toribio de Ortiguera, otro importante cronista, no participó en la expedición, pero tuvo noticias de la rebelión de Aguirre donde se encontraba en aquel tiempo. Su obra fue escrita hacia 1585. Ortiguera hace algunas afirmaciones en su relación que son contrarias al testimonio de los cronistas expedicionarios. Su obra *Jornada del Río Marañón* (Biblioteca de Autores Españoles CCXVI, Madrid, 1968) será citada sucesivamente con las siglas JRM.

³ Los argumentos principales de las contrarias interpretaciones se deben al eminente historiador aragonés Emiliano Jos y al escritor vasco Segundo de Ispizua. Ispizua sólo acepta las versiones que favorecen de alguna manera a Aguirre. Para Jos, Aguirre fue un enajenado cuyos crímenes no tienen justificación (J, 5-6). Ispizua dice que Aguirre no fue ni mejor ni peor que los típicos conquistadores españoles de su época en lo que se refiere a su propensión a la violencia. Ispizua cree que Aguirre fue calumniado por sus contemporáneos y concluye que la reivindicación del idealismo que movía al jefe rebelde es una tarea justa y necesaria: *Los vascos en América*, tomo V (Madrid, 1918), p. 1 (obra y tomo serán identificados en lo sucesivo con las siglas LVEA). El libro de Luis Germán Burmester: *Lope de Aguirre y la jornada de los Marañones* (Buenos Aires, 1941), de la tendencia aguirrista, abunda en conclusiones arbitrarias y no añade nada sustancialmente a lo argumentado por Ispizua.

expedicionario con Aguirre y la hija. Estas dos novelas tienen un desarrollo más bien tradicional, con un punto de vista de tercera persona omnisciente. Las dos obras se basan principalmente en las crónicas de Vázquez y Alместo.

La última novela que trata del portentoso asunto, *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*, del venezolano Miguel Otero Silva (1979)⁴, tiene características de extraordinaria originalidad. El autor presenta en su novela, además de una compleja estructura, numerosos recursos imaginativos y una variada elaboración temática y poética que se apartan radicalmente de la básica dependencia de las crónicas observada en las novelas anteriores.

Las crónicas de los expedicionarios de Aguirre representan el punto de vista de vasallos leales que miran con horror la insubordinación de Aguirre contra su legítimo soberano. Esta circunstancia es explicable. Por una parte, la disensión, aun la pacífica, no era permitida en aquella época. Por otra parte, casi todas las relaciones tienen por objeto establecer la inculpabilidad de sus autores⁵.

Cuatro siglos después de la insurrección de Aguirre y siglo y medio con posterioridad a la ruptura de los lazos coloniales en la América del Sur, Otero Silva muestra un punto de vista totalmente distinto al de las crónicas. En 1918, Segundo de Ispizua ya había visto en Aguirre al primer mártir de los ideales de independencia americana: «Creemos que ni los patriotas americanos de principios del siglo pasado... alegaron mejores ni más sólidas razones para proclamar la independencia política de los países del Nuevo Mundo del dominio de España» (*LVEA*, 403). Un año más tarde, Phanos Eder afirma: «He has come down in history as a blood-thirsty, probably insane villain, but perhaps he should be credited as a

⁴ Miguel Otero Silva, *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad* (Barcelona, Caracas, México: Seix Barral, 1979). En lo sucesivo esta obra será identificada con las siglas *LA*.

⁵ Ispizua señala en los cronistas un afán de atribuirse méritos falsos y un deliberado plan de infamar a Lope. Con ello pensaban, según Ispizua, ser recompensados por su lealtad (*LVEA*, 215, 231, 280). Jos, por su parte, afirma que la relación de Zúñiga era sencillamente una carta y que la de Monguía fue entregada a otra persona (el provincial Montesinos), con lo cual la idea de que esperaban un galardón al escribir resulta ilógica. Para Jos, la relación de Vázquez, impugnada con frecuencia por Ispizua, es, asimismo, la más verídica de las relaciones (*J*, 23-24). En realidad, fueran o no cartas algunas de las relaciones, el hecho de que encontraran lugar en archivos públicos del Reino puede indicar un deseo de establecer la propia inculpabilidad por parte de sus autores. Este deseo pudo haber estado complementado por el lógico afán de evitar el rigor de la justicia real o de establecer los propios méritos. Pero estas circunstancias, por sí solas, no son suficientes para impugnar el testimonio de los cronistas en los incidentes que no los afectaban directamente.

revolutionary centuries ahead of his epoch and a forerunner of Miranda and Bolívar»⁶.

Siguiendo el criterio heterodoxo y minoritario de Ispizua y Eder, Otero Silva presenta a Aguirre como un profético precursor. Otero hace referencia en una nota de pie de página de su novela a una orden dada por Bolívar en septiembre de 1821. En dicha orden, Bolívar disponía que se copiase íntegramente la carta de Aguirre a Felipe II⁷: «No eras tan loco, Lope de Aguirre —afirma Otero—, como te han juzgado tus infamadores. Simón Bolívar, tal como tú lo soñabas, cruzará las cumbres de los Andes... proseguirá su jornada triunfante hasta el Perú, y tal como tú lo soñabas, arrojará para siempre de las Indias a los gobernadores y ministros del rey español, que ya no se llamará Felipe II, sino Fernando VII» (LA, 252-253).

El Aguirre de la novela de Otero demuestra en una carta imaginada por el novelista una compasiva simpatía para los indios americanos. Después de criticar a Pizarros y Almagros, Aguirre dice: «¿No fueron maldades superfluas las de escarnecer y martirizar a los indios, si con deshacerlos del oro bastaba y sobraba? ¿Qué privilegio se ganaba degollando al inca Atahualpa, tras haberlo forzado a dar rescate de tanta cuantía, si enviándolo cautivo a besar los pies de Vuestra Majestad cumplíase obra más cristiana y de mayor lustre?» (LA, 44). Aguirre critica también el exterminio de los negros cimarrones de Panamá hecho por Orsúa antes de llegar al Perú, al igual que la matanza de indios realizada por García de Arce, un oficial del gobernador de El Dorado (LA, 144). Con respecto a los esclavos negros, el Aguirre de Otero muestra también una actitud revolucionaria para su época:

—En los reinos del Perú que nosotros gobernaremos —dijo Lope de Aguirre— esa porción desgraciada de hombres que gimen en la esclavitud será libre; la naturaleza y la justicia nos ordenan emanciparlos; yo imploro la libertad absoluta de los esclavos como imploraría mi vida y la vida de mi hija (LA, 313).

Otero suple también el silencio de las crónicas, llenando páginas de su obra con una visión de la infancia y juventud de Aguirre en la villa guipuzcoana de Oñate, donde nació. Aguirre, el individuo, forja su peculiar

⁶ Phanos James Eder, *Colombia* (Londres, 1919), p. 31.

⁷ Aguirre escribió durante el tiempo en que estuvo al frente de sus soldados varias cartas. La más famosa de ellas es la que dirigió al rey Felipe II. En esa carta, el jefe marañón critica la corrupción del clero y de los administradores de las colonias en América y afirma desafiantemente su rebelión como una reacción contra la injusticia de la Corona española en relación con los soldados que defendían sus intereses en el Nuevo Mundo.

sentido de dignidad en el fiero individualismo de los vascos que resisten la tiranía del conde local. Otero presenta la misma actitud de desafío que caracterizará décadas después al jefe marañón en un tío abuelo que ve su lengua cercenada por incitar a la rebelión contra el despotismo del noble.

Aguirre, el genérico emigrante, se va de su lar influido, en mayor o menor medida, por las fuerzas que gravitan sobre otros españoles de su siglo. Otero usa en esta parte de su obra un recurso coral de voces que se dirigen a Aguirre, moviéndole a emigrar, ya por razones religiosas, ya por motivaciones económicas, ya por deseos de gloria. Igual recurso coral se usa en un momento crucial de la vida del Aguirre recreado por Otero: aquel en que se cristaliza en su alma el odio feroz contra las autoridades coloniales. Otero presenta un episodio ocurrido en el virreinato del Perú a mediados del siglo XVI y descrito con gracia novelesca por el Inca Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios Reales*.

En un punto de sus *Comentarios*, el Inca cuenta la historia de un hidalgo español de apellido Aguirre condenado excesivamente en Potosí por un injusto alcalde español de apellido Esquivel. Los azotes dados públicamente a Aguirre hieren profundamente su sentimiento de honor y avivan en él un acuciante deseo de venganza, cuya satisfacción aplaza hasta que llega a su término el cargo de Esquivel. Al fin, a pesar de todas las prevenciones del antiguo alcalde, Aguirre realiza su salvaje venganza en el Cuzco, asesinando a su agraviador. Protegido por amigos, el vengativo hidalgo logra escapar de la justicia⁸.

No hay ninguna prueba de que el Aguirre de Garcilaso sea el mismo Lope de Aguirre de la expedición de Orsúa. Otero, sin embargo, atribuye el episodio a Lope de Aguirre, siguiendo en esto al historiador aguirrista Segundo de Ispizua, que había apuntado la posibilidad (*LVEA*, 116-125).

Otero Silva integra hábilmente la historia de Esquivel en el proceso de composición del carácter de su personaje. Las voces corales de viejos negociantes y de mujeres de Potosí son testigos de la inepción de los elementos que desencadenan la tragedia y comentan, a la manera del teatro griego, la acción que se desarrolla ante sus ojos. Anuncian también, en función de oráculo, los elementos y las circunstancias que preceden y acompañan el acto sangriento. El episodio, al presentarse con diálogos de actores y voces corales, adquiere una vibrante cualidad dramática. Las palabras de Aguirre después de consumir su venganza son una indicación de la violencia que se ha anidado en el alma del personaje, y que hallará tantas víctimas en los años venideros:

⁸ Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales*, en *Obras completas*, tomo IV, Biblioteca de Autores Españoles CXXXV (Madrid, 1965), pp. 38-41.

Mi nuevo corazón, tallado por los azotes de Francisco Esquivel, le persiguió a él sin tregua, lo acosó día y noche hasta encontrarlo a solas, le dio al fin ese pequeño castigo que no redime la magnitud de su afrenta. He comenzado a vengarme, me obstinaré en vengarme hasta la hora de mi muerte (*LA*, 67).

Otero Silva combina una serie de técnicas narrativas para iluminar la conciencia de los personajes, recrear ambientes y presentar la acción de manera dinámica y vívida. La técnica narrativa de tercera persona no predomina en la novela. Los diálogos abundan y dan agudos perfiles psicológicos a los personajes. Otero recoge también trozos de confidencias, como las que Orsúa le hace a Inés poco tiempo después de la llegada de la mestiza al campo de los españoles.

El punto de vista de primera persona ocupa buena parte de la obra. Se asocia casi siempre con Lope de Aguirre y va explorando sus sentimientos y descubriendo los menudos perfiles de su estrategia para ganar el poder. El presente de indicativo predomina en estos monólogos narrativos. Cartas verídicas o imaginadas se transcriben también en la novela. En ocasiones, el novelista inserta largos razonamientos que tienen por destino a un mudo interlocutor. Hay frases que se dirigen con amistosa confianza a los personajes y que dan detalles sobre sus acciones más privadas. Todas estas técnicas, que se alternan y complementan, dan la sensación de intimidad y de vida actual que está ausente de las páginas de las crónicas. Otero comunica así la impresión de una historia que se va haciendo ante los ojos del lector.

Otero Silva aprovecha todos los elementos disponibles para dar coherencia dramática a su historia. Toma la versión de Almesto en vez de la de Vázquez y presenta a Pedrarias junto a Orsúa en el momento de su muerte. Relata también sus frustradas fugas en la Margarita y en tierra firme venezolana⁹. Otero explica plausiblemente los perdones por el deseo

⁹ La relación larga de Pedrarias de Almesto difiere en ciertos puntos de la relación de Francisco Vázquez, con la cual coinciden, por lo general, las otras crónicas. Pedrarias afirma haber estado con Orsúa en el momento en que los conjurados que le dieron muerte entraron en su tienda. Vázquez relata que Orsúa se hallaba solo (*JOD*, 34). Vázquez afirma que él formaba parte de un grupo de cuatro personas que se fugó en la Margarita. Pedrarias añade su nombre al grupo de Vázquez, aclarando las circunstancias de su involuntario regreso al campo de Aguirre (*JOD*, 96-97). Vázquez y Pedrarias mencionan la fuga de Almesto en tierra firme venezolana y su sucesiva captura. Ambos cronistas se refieren al sorprendente acto de Aguirre de perdonarle la vida a Almesto y disponer que se le curase una herida que sufrió a manos de su aprehensor, a la vez que condenaba a muerte al otro expedicionario que se había fugado con Pedrarias. Vázquez, perplejo, atribuye el acto a inspiración divina. Pedrarias, por su parte, atribuye su salvación a la intervención de la hija de

de Aguirre de hacer de un agradecido Pedrarias el futuro protector de su hija.

Las crónicas no son, sin embargo, un límite para la invención del novelista. Otero introduce, contrariamente a los documentos históricos, elementos nuevos. En las crónicas de la expedición, Antón Llamoso es el secuaz de Aguirre que ejecuta el asesinato de Inés de Atienza y el único marañón que permanece fiel a su jefe hasta el último minuto de su vida. En una de esas crónicas (la de Ortiguera) se identifica a Llamoso como portugués (*JRM*, 286). En la novela de Otero, Llamoso es un fiel amigo guipuzcoano de Aguirre desde los días de la común infancia en Oñate, ganado a la amistad perpetua por el coraje y la audacia de un ser mucho menor que él en talla y fuerza física. La actitud leal de Llamoso adquiere así una cabal justificación artística.

Las crónicas de los expedicionarios de El Dorado dan algunos ejemplos del negro humor y la disposición irónica de que hacía gala el jefe rebelde. Otero usa un humor irreverente a lo largo de su obra, contribuyendo de esta manera con un aspecto consecuente con el carácter de su personaje y dando a la vez otro elemento de valor artístico. La imaginación sarcástica del descreído Aguirre presenta así el mito de El Dorado:

... son de plata labrada los muros de las casas, maúllan y mean los gatos sobre tejados de amatista, las reales posaderas del príncipe Quarica descargan su carga sobre bacinicas angostadas en diamantes, el príncipe Quarica se hace barnizar las criadillas con suavísimo alquitrán y luego sus esclavas cúbrenselas con polvos de oro y ornánselas con guirnaldas de perlas, en la casa del Sol hay jardines de coral donde se ofrecen a la mano las peras de oro y las calabazas de oro y los huevos de oro que ponen las gallinas de turquesa por sus culos de rubí (*LA*, 146).

Algunas crónicas hacen referencia al rumor de que Aguirre tenía un «familiar» o espíritu diabólico que le ayudaba en sus planes y le avisaba de inminentes peligros. Otero le da al familiar el nombre de Mandrágora y presenta humorísticamente a Aguirre firmando como nuevo Fausto un pacto con su travieso demonio:

... él me advertirá de los peligros que corro y de las traiciones que en el campo se fragüen, y yo le entregaré mi alma en cambio a la hora de mi muerte. He hecho un lindo negocio ya que he vendido un alma cuyo fatal signo no era otro que el infierno, pienso además que Dios

Aguirre en su favor (*JOD*, 135-142). (La versión de Vázquez aparece en pie de página en *JOD* en los puntos en que difiere de la de Alместo.)

es infinitamente misericordioso y en último término perdonará... a todos los condenados al fuego eterno (*LA*, 215).

Novedosas parodias matizan también amenamente las páginas de la novela de Otero. Los conjurados contra Orsúa no son «... doce apóstoles que se despojaron de un tirano para servir al Rey, sino doce judas que dieron muerte a un servidor del Rey porque estorbaba sus ambiciones...» (*LA*, 173). Los vecinos de la Margarita que traían provisiones al recién llegado barco de Aguirre, movidos por ingenua caridad o imprudente codicia, «... no parecían otra cosa sino piadosos pastores camino de Belén» (*LA*, 243).

Aguirre, en medio del mar que lo conduce a tierra firme venezolana, parodia en una frase al cacique caribeño Hatuey y en otra la idea contenida en el famoso soneto anónimo atribuido por algún tiempo a Santa Teresa:

En el cielo hay gente tan ruin y tantos bachilleres que yo no deseo ir a este paraíso, ni le tengo miedo a las llamas del infierno ni tampoco a la muerte, no me mueve mi Dios para creer en tu Santo Nombre sino mi aborrecimiento a los herejes que niegan tu existencia y a los fariseos que pecan escudándose en tu sacra religión (*LA*, 292).

Otero toma algunos leves indicios de los documentos históricos y altera sus datos para construir cuadros de sólida arquitectura artística. Basado en parte en las crónicas, el novelista venezolano desarrolla el tema de la fuerza erótica de Inés de Atienza. El erotismo es una herencia natural de la joven mestiza en la novela de Otero. Le viene de la madre india, quien «... contemplaba a los hombres con tal dulce insistencia que les descompasaba el pulso y los hacía tartamudear» (*LA*, 105). Pedro de Orsúa entra en la vida de Inés cuando ella es ya viuda a pesar de su juventud. La atracción sexual entre Orsúa e Inés es un imán poderoso que los une en una violenta pasión carnal y en un ciego desafío a las convenciones sociales.

Después de la muerte de Orsúa, lo sexual no es para Inés instrumento de placer, sino medio de venganza. Inés se entrega primero al capitán La Bandera y después de muerto éste a Lorenzo de Zalduendo con el fin de empujarlos a la muerte de otros y a la propia destrucción. Al comprender el plan de la enigmática mestiza, Aguirre ordena tranquila y desapasionadamente la necesaria muerte:

Lope de Aguirre entendió finalmente que tras de todos aquellos rencores y traiciones, tras de aquellas porfías que acababan siempre en sangre y muerte, estaba tu hermosa mano, mi implacable Inés de Atienza. Lope de Aguirre percibe agora que esa tu mano no se detendrá

hasta tanto de los doce que fueron a matar a don Pedro de Orsúa no quede ninguno con vida. Lope de Aguirre discierne ahora por qué entregaste tu cuerpo simpar a dos bellacos que te repugnaban... Lope de Aguirre llama a su lado a Antón Llamoso y Francisco Carrión, y les hace unas señas que significan: Id y matad a doña Inés de Atienza (LA, 223).

La muerte de Inés de Atienza, que aparece en las crónicas de la expedición de Aguirre como un acto monstruoso, se ha convertido en un acto necesario y defensivo en la novela de Otero. Otero Silva usa un recurso semejante al presentar las ejecuciones de las dos vecinas de la isla Margarita. En cuanto a Ana de Rojas, Otero toma la versión de Ortiguera, que la muestra tratando de envenenar al jefe marañón¹⁰. Con respecto a la otra mujer, la Chávez, Otero da una nueva e indocumentada explicación para su muerte: el odio de Aguirre hacia las mujeres deshonestas, un sentimiento del cual se hace mención en algunas de las crónicas (LA, 278).

La novela de Otero Silva representa un complejo desarrollo artístico de la figura del jefe de los marañones. Constituye, por una parte, una visión radicalmente distinta de la que dan las crónicas del tiempo de Aguirre. El hazañoso y sanguinario vasco se ha transfigurado. Ya no es el malvado y enajenado asesino de las crónicas, sino un quijotesco aunque lúcido rebelde que desafía las bases del sistema político y social establecido por la Corona española en América. Sus asesinatos son medios de asegurar la propia supervivencia y con ella el éxito de los planes de un visionario.

Los novelistas anteriores a Otero, respetuosos del testimonio de las crónicas, siguen el desarrollo lineal de sucesos y complementan con lógicas deducciones los datos de las historias. Otero Silva, por su parte, combina hábilmente la información histórica con elementos creados por su imaginación y que contradicen frecuentemente las conclusiones de los cronistas.

La variedad de técnicas usadas en la novela de Otero nos da una visión íntima y vital de los personajes de su historia. Los estrechos límites de la narración de actos y jornadas que sirve como formato en las crónicas se sustituye en la novela de Otero con una compleja estructura que incluye elementos trágicos, cómicos y dramáticos. Todos estos elementos

¹⁰ Ortiguera relata que una de las dos mujeres ejecutadas, Ana de Rojas (él la identifica incorrectamente como Catalina Rodríguez o Catalina Rojas), lo fue porque su plan de envenenar a Aguirre fue descubierto por éste. Los cronistas expedicionarios no mencionan esta intención en la mujer y concuerdan en decir que la ejecución fue ordenada por Aguirre para castigarla por la desertión de un soldado marañón que se hospedaba con ella.

desarrollan aspectos artísticos y proporcionan, con amena variedad, la información requerida para la cabal comprensión de la historia novelística.

En la novela de Otero Silva, Aguirre pierde los rígidos contornos del personaje histórico para adquirir, en mayor proporción que en las obras narrativas precedentes, las audaces y vigorosas líneas del personaje de ficción.

Aristides Rojas, en sus *Capítulos de la historia colonial de Venezuela*, revela cómo Aguirre ha entrado también en el campo de las leyendas sobrenaturales de origen popular en ese país:

Cuando en las noches oscuras se levantan de las llanuras y pantanos de Barquisimeto y lugares de la costa de Borburata fuegos fatuos, y copos de luz fosfórica vagan y se agitan á los caprichos del viento, los campesinos, al divisar aquellas luces, cuentan á sus hijos ser ellas el alma errante de El Tirano Aguirre, que no encuentra dicha ni reposo sobre la tierra ¹¹.

Al final de la novela de Otero, Lope de Aguirre, ya fuera de las fronteras de la vida, rompe la valla confinante del infierno para exclamar:

... yo salgo en la imaginación de los pueblos que no me deja morir, yo cruzo los mares de La Margarita montado en un caballo blanco que viene galopando desde la raya del horizonte... me levanto en las noches de luna menguante mis cabellos son una tea encendida que los vientos no apagan... mis rugientes quejidos desgarran la piel de la noche no me queda de mi niña Elvira sino el recuerdo de la sangre que empapaba su corpiño amarillo (LA, 344).

El proceso de la transfiguración de Aguirre se ha completado con este elemento legendario y sobrenatural. El Lope de Aguirre de Otero, complejo y polivalente, es una desafiadora contradicción del testimonio histórico de las crónicas de los expedicionarios marañones. Pero es también, por obra de la técnica de su novelista recreador, la visión más poética y original de la figura del trágico rebelde que nos ha dado la novela hispánica en el presente siglo.

¹¹ Aristides Rojas, *Capítulos de la historia colonial de Venezuela* (Madrid, 1919), p. 33.